

acaba, en clave nacionalista. Parte para ello López Antón de una muy sólida información sobre la compleja obra del escritor navarro y de la política vasca y navarra desde la crisis del siglo XIX al inicio de la guerra civil. Quizá le falta al libro comentado un aliento crítico para una obra e innegable connotación conservadora y de acusada parcialidad dentro de la cultura navarra contemporánea. Pero son circunstancias que se ven ampliamente superadas por la labor de recuperación de un intelectual de primera fila en la cultura política del navarrismo y

el nacionalismo vasco. La monografía comentada antecede a la publicación de otros dos libros de interés sobre el tema navarro: el de Iñaki Iriarte López (*Tramas de identidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000) y el de Ana Allende Urtasun (*Elementos fundamentales de la identidad colectiva navarra*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2000). Un conjunto de publicaciones que atestiguan el buen momento de la historiografía sobre Navarra.

ANDRÉS DE BLAS GUERRERO

Santiago de Pablo, Ludger Mees y José A. Rodríguez Ranz,  
*El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, 1: 1895-1936*,  
Barcelona, Crítica, 1999

En el mercado de la historiografía acerca del nacionalismo, se puede afirmar sin temor a la exageración ni la autocomplacencia que el caso vasco conforma una estantería relativamente bien surtida. No se quiere decir con ello, ni mucho menos, que no resten lagunas que demanden un esfuerzo investigador por parte de los especialistas, pero lo cierto es que quien desee adentrarse en los entresijos de un movimiento con algo más de un siglo de historia cuenta con excelentes estudios parciales. Bien se trate de monografías de figuras referenciales en su evolución (y aquí es

sin duda el «padre fundador» del nacionalismo vasco, Sabino Arana, quien se lleva la mejor parte), de periodos concretos de su desarrollo (por ejemplo, durante la Restauración o la II República), o de estudios de organizaciones sociales y políticas vinculadas de uno u otro modo al nacionalismo vasco y de vida más o menos efímera, no faltan referencias a cuyos hombros alzarse. Ahora bien, salvo algún precedente aislado de carácter más bien hagiográfico y, en cualquier caso, embrionario, carecíamos hasta la fecha de un verdadero «tratado» de la historia del que constituye el eje ver-

tebrador y casa matriz del nacionalismo político vasco como movimiento social y político desde que fue fundado en 1895.

Esta laguna es la que viene a rellenar exitosamente el trabajo que traemos a colación. Firmada por tres reputados historiadores especializados en la historia del nacionalismo vasco, de Pablo, Mees y Rodríguez Ranz se han mancomunado en esta ocasión para elaborar una aportación historiográfica desapasionada en el más noble de los sentidos, honesta, serena, equilibrada, ecuánime, sosegada, informada y rigurosa que rehuye el dogmatismo gratuito en cualquiera de sus múltiples versiones, lance del que hay que reconocer que no es fácil salir airoso en un tema tan susceptible a la manipulación artera, en uno u otro sentido, cual es éste del nacionalismo vasco. Errarán pues el tiro tanto quienes se aproximen a esta obra con el ánimo de encontrar una interpretación amable del nacionalismo vasco durante sus primeras cuatro décadas de existencia (desde su fundación hasta el estallido de la Guerra Civil, período del que se ocupan los autores en este volumen) como aquellos que quieran ver en el primer nacionalismo vasco los lodos de los barros de hoy. No se trata, pues, de una obra ni *pro* ni *anti* nada ni nadie. Lo cual, por cierto, no les impide denominar a las cosas por su nombre, en especial la evaluación tanto de Sabino como de su hermano Luis, como por

ejemplo cuando afirman, rehuendo explícitamente el riesgo de la falacia del presentismo, que «[D]esde la perspectiva del contexto histórico en que surgió la doctrina del primitivo nacionalismo vasco, el ideario sabino puede ser calificado, a nuestro juicio, como reactivo, esencialista, dualista y antitético» (pág. 36).

El propósito explícito que los autores se marcan a sí mismos es el de elaborar una obra de síntesis a partir del amplio cuerpo bibliográfico disponible sobre la materia. Síntesis creadora, habría que añadir, una vez considerados los datos e informaciones novedosos obtenidos del hasta hace poco inaccesible al público Archivo del Nacionalismo Vasco, gestionado por la Fundación Sabino Arana. Ahora bien, si el ingrediente principal de la obra es, como decíamos, la labor de una síntesis trabada con seriedad, hay que reconocer un valor añadido que concede al trabajo un matiz de originalidad en la organización del material histórico. Me refiero, más en concreto, al acierto epistemológico de considerar al PNV como algo más que una estructura partidaria portadora en régimen de monopolio durante el período que nos ocupa de una voluntad redentora de la comunidad nacional vasca. Los autores podrían haber caído en la tentación meramente narrativa de relatar la génesis y dinámica evolutiva del faro del nacionalismo vasco en estas primeras y decisivas décadas de su exis-

tencia. Los capítulos se habrían sucedido entonces abordando aspectos tales como el modo en que Sabino Arana «vio la luz» gracias a su hermano Luis y adquirió conciencia de la opresión a que el «otro» español habría sometido ancestralmente al «nosotros» vasco; su tan debatida «evolución españolista», giro pragmático de ultimísima hora en virtud del cual habría dado a entender en los últimos momentos de su existencia que la supervivencia del alma nacional vasca podría encontrar acomodo en España y, por tanto, que ya no era necesario empeñarse en el ideal independentista como único modo de garantizar la supervivencia de la nación vasca; o, por no extendernos más en un listado demasiado prolijo de temas recurrentes en la literatura especializada en este período, los dilemas ideológicos y organizativos que aquejaron al nacionalismo durante la Restauración, la dictadura de Primo de Rivera o la II República. Detalles y discusiones acerca de todos estos por menores y muchos más los encontrará el lector y lectora en las páginas del libro al hilo de la idea conductora que recorre el conjunto de la obra, a saber: los dilemas estratégicos y tensiones organizativas que enfrentan, y que nunca dejarán de enfrentar,

por un lado a los avalistas del horizonte independentista y, por otro lado a quienes, en vena más pragmática, apuestan por alguna forma de acomodo en el marco español como único modo de reconciliar las diferentes cosmovisiones presentes en el país.

Sin embargo, ese valor añadido a que hacía relación tiene que ver con la consideración del PNV como el eje de un complejo que trasciende los límites estrictamente partidistas para erigirse en el núcleo de un amplio movimiento social encomendado con la tarea de crear y recrear la conciencia nacional vasca. Aportación, por cierto, cuya originalidad conviene relativizar. Ya Elorza se refirió al nacionalismo vasco en una obra seminal como un movimiento con todos los atributos de una «micro-sociedad» en el seno de la sociedad vasca más amplia<sup>1</sup>. Años después, de la Granja se refirió al PNV como un «partido-comunidad»<sup>2</sup>. Ahora bien, en el caso de Elorza se trataba más bien de una intuición con bajo grado de sistematización y elaboración; de la Granja, por su parte, abundó en la idea de Elorza, cerró de manera magistral el círculo de los aledaños sociales y culturales del nacionalismo, delimitó los contornos de la micro-sociedad y señaló

<sup>1</sup> Antonio Elorza, *Ideologías del nacionalismo vasco*, San Sebastián, L. Haranburu, 1978, pág. 6.

<sup>2</sup> José Luis de la Granja, *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Madrid, Tecnos, 1995, cap. 5.

con ello el camino a cuantos investigadores viniesen por detrás, pero tal vez le faltó rellenar el esquema. De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz, sin salirse del esquema perfilado por éstos sus progenitores intelectuales, y en especial por de la Granja (quien por cierto firma el prólogo del libro con un ensayo bajo el título de «Historiografía y nacionalismo vasco»), elevan a la máxima expresión y convierten en vector de su interpretación del PNV esta consideración de la forma-partido como el elemento estructurador y cohesionador del movimiento nacionalista vasco y de su anhelo de construir, o reconstruir (no nos vamos a detener ahora en esta cuestión), la comunidad vasca como precondition a la vez que resultado de la nación vasca. Desfilan de este modo por los capítulos una tras otra el vasto elenco de organizaciones sectoriales activas en el ámbito laboral (en el que destaca sobremodera el sindicato *Solidaridad de Obreros Vascos*, fundado en 1911 y que durante la II República pasó a denominarse *Solidaridad de Trabajadores Vascos*, pero también otras organizaciones de campesinos, pescadores, etc.), recreativo (con los *batzokis* como estructura básica de sociabilidad nacionalista), femenino (*Emakume Abertzale Batza*, «mujeres patriotas vascas

de la Euzkadi peninsular, cuyas actividades se desarrollan de acuerdo con las autoridades del Partido Nacionalista Vasco»<sup>3</sup>, en palabras de su fundador), educativo (asociaciones de maestros, de estudiantes, etc.) o cultural (grupos folklóricos, *bertsolaris*, grupos de teatro —una vía, insisten repetidamente los autores, de capital importancia para la socialización política—, etc.). En términos funcionales, la tarea explícita de este entramado de asociaciones y organizaciones de movimientos sociales, sin olvidar en modo alguno a la prensa (un listado pormenorizado de la prensa nacionalista viene recogido al final del libro a modo de anexo), era la inculcación de una conciencia nacional que crease y reprodujese la comunidad vasca. En su formulación sabiniana, dicha comunidad pivotaba alrededor de la raza, la lengua, la historia y la religión, factores todos ellos entendidos en clave primordialista, si bien progresivamente irán surgiendo ensayos modernizadores, como los de Francisco de Ulacia y el *Partido Nacionalista Liberal Vasco* en 1909 y *Acción Nacionalista Vasca*, éste ya en la II República, que abren un espacio cada vez mayor al voluntarismo identitario. Por cierto, el análisis del cuándo y por qué, y en todo caso a quién y en qué medida, el na-

---

<sup>3</sup> Policarpo de Larrañaga, *Emakume Abertzale Batza. La mujer en el nacionalismo vasco*, Donostia, Auñamendi, vol. 1, 1978, pág. 45.

cionalismo vasco abre sus puertas a quienes no reúnen las condiciones para formar parte de la comunidad étnohistórica entendida en términos primordialistas en la más pura estela sabiniana, habrá de ser una de las cuestiones a las que los autores harían bien en prestar una especial atención en la anunciada continuación de la obra hasta completar el ciclo histórico del PNV hasta nuestros días.

Habida cuenta pues del propósito de todo proyecto nacionalista no sólo de acceder a las posiciones de gestión del poder, sino también de crear comunidad, ese plural reconfortante depositario del alma nacional vasca, no es de extrañar el énfasis otorgado por el nacionalismo vasco durante las primeras cuatro décadas de su existencia a conformar una abigarrada estructura asociativa y mediática. Y ello, fundamentalmente, por su virtualidad instrumental. En efecto, en un período en el que el control de los mecanismos institucionales por parte del nacionalismo resulta más bien limitado, y por tanto la configuración comunitaria inducida desde arriba es una tarea preñada de dificultades, la estrategia nacionalista opta por construir desde abajo, desde la base. Disponer de un brazo social y cultural formalmente independiente pero, en realidad, tutelado por la casa matriz partidista, era pues una estrategia consciente que podemos conceptualizar un tanto puntillosamente como prepolítica o para-

política, pero de carácter eminentemente político en cualquier caso. Se trataba, en otras palabras, de hacer política por otros medios cuando el contexto político así lo permitía, o como el único medio de hacer política cuando, como durante la dictadura de Primo de Rivera, tan sólo tenía aceptación un *sano regionalismo* en su más pura expresión folklórica.

En el tratamiento del nacionalismo vasco como un movimiento social (y éste es otro de las grandes virtudes de la obra), los autores recurren con agilidad y convicción a las aportaciones que otras ciencias sociales, en particular la sociología y la ciencia política, han efectuado durante las tres últimas décadas al análisis de la acción colectiva. Ejerciendo de historiadores sociales en la medida en que recurren sin complejos a nociones como la de «repertorio de acción colectiva» (absolutamente moderno ya desde la época de Sabino Arana, a juicio de los autores), o prestan atención al contexto sociopolítico en el que surge el nacionalismo como movimiento de masas (excelente el capítulo introductorio, en el que remiten la sociogénesis del nacionalismo al proceso de construcción estatal decimonónico y al despliegue del capitalismo, con lo que ambos procesos modernizadores acarreaman de pérdida de formas de vida ancestralmente heredadas), los autores dan muestras fehacientes de lo fructífero que puede llegar a resultar la

colaboración interdisciplinar entre investigadores ocupados desde distintos puntos de partida por un fenómeno tan poliédrico y multidimensional como es el nacionalismo, en este caso en su expresión vasca.

En fin, quien se anime a transitar de principio a fin esta obra se encontrará, sin duda, en una disposición inmejorable para posicionarse ante la paradoja abierta por Marx, según la cual todos los grandes hechos de la historia universal se repiten dos

veces: una vez como tragedia y otra como farsa. Los autores no optan explícitamente por ninguno de los extremos de la dicotomía, ni por ningún tercero. Ahora bien, aportan los argumentos necesarios para que el lector o lectora se forme su propio juicio al respecto y, de paso, comprender un poco mejor los hechos de hoy a partir de los sucesos de entonces.

JESÚS CASQUETTE

Rafael del Águila,  
*La senda del mal. Política y razón de Estado*,  
Madrid, Taurus, 2000

Una de las características del ciudadano occidental en esta época llamada post moderna es su adhesión al «pensamiento impecable»: demanda de seguridad, libertad individual y prosperidad económica sin coste alguno; de derechos sin deberes y de nuevas tecnologías al servicio de la gratuidad de la vida y de la asepsia en la enfermedad, la vejez y la muerte. Este ciudadano impecable, tal como describe Rafael del Águila, tiende a creer en la profunda armonía del mundo político que garantiza que «sus decisiones en tanto que ciudadano son siempre acertadas, miran al bien común, son justas y moralmente irreprochables». El ciudadano impecable, tanto en su versión de «izquierdas» o de «derechas», re-

chaza las tensiones, los dilemas o las escisiones que constituyen el quehacer político y se niega a enfrentarse con esa «senda del mal», en la que espera agazapada la terrible «razón de estado», de cuyos argumentos hemos tenido, sin embargo, cumplida noticia en los últimos años, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

Decidido a indagar el alcance y la persistencia de tan temido concepto en el pensamiento de Occidente, el profesor del Águila, Catedrático de Ciencia Política de la Autónoma de Madrid, dedica los capítulos iniciales de su obra a trazar una breve historia de la razón de estado a partir de quien se suele considerar como su creador: el deñostado Maquiavelo. Su análisis